

IRENE ROMO

Todos nuestros diciembres



PRÓLOGO DE SILVIA DELA

Todos nuestros diciembres

Irene Romo

© 2023, Irene Romo
Autoría y derechos: Irene Romo
Corrección: Gemma Iglesias.
Diseño de cubierta: Rachel's Design
Maquetación: Rachel's Design

Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o medio (digital, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Para quienes sonreís al ver que en agosto empiezan a poner los decorados navideños en las tiendas y pensáis que la Navidad empieza el 2 de noviembre.

Espero que disfrutéis de esta oda a los recuerdos y la época más mágica del año.

La Navidad no trata tanto de abrir regalos, sino de abrir nuestros corazones.

Janice Maeditere

Prólogo



¡Hola, hola! Puede que no me conozcas, o puede que sí, pero sea como sea estoy muy feliz de encontrarte entre estas páginas. Y es que escribir el prólogo que estás leyendo significa muchas cosas para mí. En primer lugar, nervios. (Ay, Dios mío, ¡espero que te guste!). En segundo lugar, y mucho más importante, amistad.

Si hay una cosa que Irene y yo tenemos en común es nuestro amor por la Navidad; ese «no sé qué» indescriptible que nos llena el cuerpo de alegría cada vez que escuchamos un villancico o vemos una peli navideña con una manta, calcetines de Papá Noel y una taza de algo calentito entre las manos.

Para mí estos días siempre han estado marcados por sonrisas, familia y felicidad y, aunque las cosas han cambiado con el paso de los años, esa magia sigue ahí.

Sin embargo, del mismo modo que no hay dos personas iguales, no hay dos Navidades iguales. Puede que tú seas más de reunirse con amigos, o incluso de aislarte del mundo porque prefieres la soledad al bullicio. Puede que aborrezcas los adornos navideños y no te guste el roscón. Quizás la Navidad te trae malos recuerdos y te despiertas el veinticuatro de diciembre deseando que sea ya enero.

A lo mejor tú has perdido la magia.

Si lo que buscas es volver a encontrarla, has elegido la lectura perfecta. Con la historia de Martina y Valeria he viajado de vuelta a las Navidades de mi infancia, llenas de regalos, alegría, frío en las puntas de los dedos y calor en el corazón. Ha conseguido que olvide las ausencias alrededor de la mesa y que me entren ganas de celebrar, en diciembre, en julio o cuando sea, lo que sí tengo.

También ha conseguido que me enamore. O, más bien, que me *reenamore*. No, no he encontrado a mi media naranja. Lo de desarrollar sentimientos por una persona que no sea ficticia lo dejamos para otro momento. De quien he vuelto a caer irremediablemente prendada es de la Navidad, de las tradiciones familiares y de los mercadillos a rebosar de dulces y juguetes.

Espero que a ti te pase lo mismo. Espero que encuentres la magia entre puestecillos de madera, miradas y, por supuesto, bolas de nieve.

Y ahora es cuando yo me callo y te dejo con las verdaderas protagonistas de esta historia. ¡Disfrútala!

¡Ah! Y, estés donde estés, ¡feliz Navidad!

Capítulo 1



Martina

Oh, the weather outside is frightful.

La voz de Frank Sinatra retumba en toda la plaza a través de los altavoces. Incluso con el gentío que se amontona entre los pasillos del mercadillo navideño, el eco de su clásico *Let It Snow* llega al interior de las casetas y ayuda a sobrellevar las gélidas temperaturas de aquellos últimos días de diciembre.

But the fire is so delightful.

Por suerte, la estufa a nuestros pies nos consuela y mantiene calientes, a pesar de la diferencia de ambiente al otro lado de la mesa expositora. El abrigo abrochado hasta el cuello y los guantes de lana, a menudo acompañados de un gorro a juego, son accesorios indispensables para aguantar cuando la noche cae.

Since we've got no place to go...

Hace años que esta caseta se ha convertido en una tradición para nuestra familia; la bisabuela Pilar la comenzó antes de que yo naciera y, cuando falleció, esta pasó a la abuela Consuelo, quien se ha hecho cargo de ella hasta ahora. Este año, por motivos de salud, la abuela ya no puede pasar tantas horas expuesta al frío, así que me he ofrecido a encargarme de todo mientras ella permanece en casa, cuidándose.

Let it snow, let it snow, let it snow...

Me frotó las manos para entrar en calor aprovechando que no hay nadie parado delante de mi caseta en este momento. Por norma general, suelo tenerlas heladas y, a menudo, agarradas por el frío, me resulta difícil coger cosas.

«Manos frías, corazón cálido», suele decir la abuela.

Se me escapa una sonrisa al recordarla sentada en su butaca los años anteriores, pronunciando esas mismas palabras cuando me acercaba corriendo a la estufa para entrar en calor. De niña me encantaba estar con ella en el mercadillo navideño. El ambiente jovial, lleno de luces de colores, envuelto de música esperanzadora y plagado de objetos navideños preciosos, siempre me resultó de lo más hipnótico.

Casi tanto como ese momento, esa sensación de calidez en el pecho, en el que ves el primer copo blanco caer del cielo y te das cuenta de que, con este frío, es muy probable que esta sea una Navidad blanca. Solo falta que aparezca ella para que diciembre sea perfecto.

La chica de la trenza rubia.

La primera vez que la vi, tenía ocho años. Estaba con mi abuela, ayudándola a colgar los gorros de Papá Noel, chimeneas y renos en la parte externa de la caseta, cuando otra niña más o menos de mi edad se acercó corriendo a la caseta, se agarró al borde del expositor y se quedó mirando una bola de nieve con la casa de Santa Claus en el interior.

Tenía una sonrisa enorme y llena de ilusión dibujada en la cara cuando cogió la bola con tanta delicadeza y adoración que no pude evitar quedarme mirándola. Sus ojos castaños brillaban de felicidad al hacer nevar sobre el tejado rojo de la villa de Papá Noel. Después, levantó la cabeza y me vio observándola, pero su sonrisa no flaqueó.

—Vamos, deja eso, no sea que se te caiga —dijo una mujer que debía de ser su madre. Se acercó a ella con decisión y se la llevó de la mano.

Ella no se lo tomó a malas y obedeció mientras se despedía de mí con la mano, como si hubiera sabido quién era.

—¡Adiós!

No me dio tiempo a devolverle la palabra. Solo pude levantar un poco el brazo, ni siquiera se me ocurrió agitar la mano. Antes de perderla de vista entre la gente. A ella y su bonita trenza rubia.

Capítulo 2



Valeria

Siempre he considerado que la Navidad empieza el día después de Todos los Santos. Es decir, para mí el dos de noviembre es el día que de verdad comienza la mejor época del año. Esa es la que los colores rojo y blanco se vuelven los protagonistas, en la que el sonido de unas campanillas a todo el mundo hace sonreír, la que hace más ilusión a la gran mayoría de la gente. Al menos, así es como siempre he querido verlo.

Desde que era pequeña, cada Navidad seguimos las mismas tradiciones y rutinas. No hay día de Nochebuena que no vayamos a desayunar la familia al completo. Nadie falta a la mañana siguiente en casa de mis padres para abrir los regalos que haya dejado Papá Noel la noche anterior. Todos estamos alerta el veintiocho de diciembre y, aun así, siempre terminamos creyéndonos alguna inocentada. La cena de Nochevieja en casa de la tía Mari es de obligado cumplimiento, por supuesto. Ver las campanadas juntos y tomarnos las doce uvas antes de besarnos y desearnos un feliz año nuevo.

Podría hacer una lista de chorrocientas tradiciones navideñas que repetimos cada año, pero, sin duda, la que más me gusta es esa en la que vamos a pasar la tarde al centro de Madrid. Sí, está siempre hasta arriba de gente y es de lo más difícil moverse por la Puerta del Sol, sin embargo, todo ese agobio vale la pena por ver, un año más, el espectáculo de Cortilandia, merendar churros con chocolate en San Ginés, pasear bajo las luces con formas de copos de nieve, trineos, árboles de Navidad...

Hace frío y siempre bromeamos con tener aliento de dragón, pero es uno de los días que más ansío durante el resto del año.

¿Mi tradición favorita? Nuestro clásico y obligatorio paseo por el mercadito navideño de la Plaza Mayor. Hay tantos pasillos, tanta gente y tantos adornos que te hacen sonreír que es difícil —para mí, de hecho, es imposible— no dedicarle tiempo a cada uno de sus puestos.

Todavía recuerdo la primera vez que la vi.

La bola de nieve de la villa de Papá Noel.

Estaba paseando con mis padres y mi hermano como todos los años, atravesando los pasillos del mercadillo. Mi madre no quería que nos detuviéramos por la cantidad de gente que había, por si Lucas o yo nos perdíamos. Sin embargo, mi yo de siete años se resistía y tiraba de su brazo siempre que algo brillante llamaba su atención.

Esa vez debí de tirar con tanta fuerza que terminé por soltarme de su mano, pero no me importó porque conseguí acercarme a la mesa expositora sobre la que reposaba esa preciosa bola de cristal con la villa de Papá Noel en su interior, rodeada de diminutos copos de nieve sobre el jardín y el buzón rojo de la entrada. Tenía la base también roja y el cristal era tan nítido que incluso pude distinguir en el buzón los nombres «Mr. And Mrs. Claus».

Aquello me hizo sonreír y no pude evitar alargar la mano para cogerla y mirarla más de cerca. Me aparté la trenza a la espalda y me eché algún mechón suelto detrás de la oreja para que no me molestasen.

Era preciosa.

La agité con el corazón palpitándome en los oídos y una emoción que no dejaba de crecer en mi pecho. Mi sonrisa se ensanchó al ver la nieve caer de nuevo sobre el tejado de Papá Noel, de un blanco brillante y reluciente.

Fue entonces cuando reparé en la niña que estaba a mi izquierda, observándome. Giré la cabeza hacia ella. Tenía un gorro gris clarito sobre su pelo castaño largo y suelto y me miraba con unos ojos verdes que parecían asombrados. Quise saludarla e incluso preguntarle cuánto costaba aquella bola de nieve, pero no tuve ocasión.

—Vamos, deja eso, no sea que se te caiga. —Oí la voz de mi madre a mi espalda.

La miré un instante y devolví la bola a su sitio con un pequeño pinchazo de desilusión. Después, mi madre me agarró por la mano y tiró de nuevo de mí. Apenas tuve tiempo de dedicarle un rápido «adiós» a aquella niña y a la bola de nieve.

Han pasado ya unos cuantos años desde entonces, pero...

Sonríó al mirar hacia arriba y ver las luces de Navidad que cuelgan entre los edificios cuando salgo por la boca de metro en la Puerta del Sol.

*It's beginning to look a lot like Christmas
everywhere you go*

Sí, definitivamente este año será diferente.

Capítulo 3



Martina

Le tiendo una bolsa de papel a la niña que ha conseguido que su hermana mayor le regalara un adorno para su habitación con un copo de nieve y las palabras *Let It Snow* en blanco y azul y sonrío cuando la veo alejarse llena de felicidad. Sigo atendiendo a varias personas, algunas se llevan algo y otras no. Es comprensible, uno no siempre puede tener lo que quiere. Lo entiendo muy bien, a decir verdad.

La Navidad que cumplí doce años fue diferente. Acababa de empezar el instituto y esa transición no me sentó bien. Cambié de colegio, no conocía a nadie en mi clase y mis notas bajaron considerablemente. Tres suspensos el primer trimestre, sin ir más lejos. Ya no solo se trataba de la decepción en el rostro de mis padres, también la que sentía yo con respecto a mí misma.

Tal vez por eso me ofrecí más a menudo para hacerle compañía a la abuela en la caseta durante el mercadillo navideño. Ella se quedaba dentro, atendiendo a los clientes que deseaban llevarse un recuerdo de su visita a la ciudad, mientras yo me encargaba de que todos los gorros y adornos colgados de la marquesina estuvieran en su sitio y fueran visibles.

You better watch out, you better not cry.

Ese año hizo más frío que el anterior y pude notarlo en que no solo tenía las manos heladas, también los pies. Me costaba entrar en calor incluso frente a la estufa del interior de la caseta. Empezaba a anochecer y nosotras procuramos abrigarnos todo lo posible.

—Voy a por algo de comer, ¿te apetece?

Asentí con la cabeza y sonreí. Conociendo a mi abuela, seguramente tocara merendar chocolate caliente y galletas de jengibre. Salió por la puerta trasera de la caseta y me recordó qué hacer si se acercaba algún cliente mientras ella estaba fuera.

Me encontraba de pie, con las manos apoyadas en la mesa expositora, observando a la gente pasar y ampliando mi sonrisa cada vez que alguien se acercaba a alguno de nuestros objetos. Figuras para el belén, bolas de nieve navideñas, adornos para el árbol, ángeles blancos o estrellas brillantes. Muchos miraban, pero pocos se quedaban o preguntaban.

La abuela tardaba más de lo normal; seguramente había cola en el puesto de chocolate caliente o se estaba entreteniendo con su amiga Puri, la mujer del puesto de castañas asadas.

Un escalofrío me recorrió entera a causa del gélido ambiente de aquel diciembre. Me abracé a mí misma y me froté los brazos en busca de un poco de calor, pero no sirvió de nada. Así que busqué la manta de franela a cuadros roja y blanca que teníamos para las piernas y me la eché por los hombros.

Better not poud, I'm telling you why.

Solo dejé de mirar un segundo hacia la calle. Y fue en ese instante cuando apareció esa niña. La misma niña que, cuatro años atrás, me había alegrado con su infinita felicidad solo con ver los copos de nieve caer sobre la casa de Papá Noel.

Cuando levanté la cabeza, todavía acomodándome bajo la manta, ella estaba ahí, con su trenza rubia y un nuevo flequillo cayendo sobre su frente. Tenía la cabeza agachada mientras observaba cada figura expuesta sobre la mesa con tanta calma que parecía una estatua. Si no hubiera sido por el brillo vivo que despedían sus ojos, así lo habría creído.

No había vuelto a pensar en ella. La emoción que desprendía, tanto la primera ocasión como aquella, era abrumadora. Me pregunté cómo había sido posible que no volviera a cruzar mi mente. Si el simple hecho de que ella me mirase una vez ya hizo que se me clavara.

Tal como pasó esa tarde en la que me encontraba sola en la caseta y ella apareció de la nada. Cuando alzó la mirada y me encontró ahí, observándola como si ella no pudiera verme a mí, me sonrió igual que la vez anterior, con la misma alegría e ilusión.

—Son muy bonitas. —Las primeras tres palabras que escuchaba de ella en cuatro años y conseguían secarme la boca.

Seguí la trayectoria de su dedo y vi que señalaba el grupo de bolas de nieve a su derecha. Quise decir algo entonces, cualquier cosa que hubiera servido para entablar una conversación con ella y conocerla. Sin embargo, los segundos pasaron sin que la voz llegara a mi garganta y lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza.

Ella siguió observando las figuras con entusiasmo poco contenido, tarareando el villancico que salía por los altavoces en ese momento, mientras yo la observaba a ella con el corazón

latiéndome más deprisa que nunca y sin escuchar nada a mi alrededor más allá de su murmullo. Ni el villancico ni las voces de las personas que paseaban por el mercadillo lleno de luces y adornos.

Santa Claus is coming to town...

Lo único que consiguió sacarme de mi ensoñación fue una voz que se hizo escuchar por encima de su tarareo.

—¡Valeria! —Ella giró la cabeza a su izquierda y nuestras miradas se desenlazaran—. Venga, cielo, tenemos que seguir.

—¡Ya voy, mamá! —Se volvió hacia mí y, con la sonrisa de hacía cuatro años, pronunció la misma palabra que entonces—: Adiós.

Quise decirlo yo también, despedirme de ella y sonreírle con la misma naturalidad que al resto de personas que se molestaban en detenerse frente a nuestra caseta. Sin embargo, la palabra no llegó a mi boca. Ella se marchó después de dedicarme una curva preciosa en su rostro y desapareció entre la gente.

Me quedé allí paralizada, recordando esos segundos en los que había estado delante de mí como un espejismo pero completamente real y el latido que se me escapó cuando reaccionó a la voz de aquella mujer pronunciando su nombre.

Valeria.

Sonreí al repetirlo en mi cabeza y todavía más cuando me atreví a susurrarlo contra mi bufanda. A esas alturas no sabía si el rubor de mis mejillas se debía al frío o al brillo que había visto en sus ojos cuando me miraba, pero la verdad era que me daba igual.

A pesar de la decepción con la que comenzaron aquellas Navidades, diciembre resultó ser perfecto.

Capítulo 4



Valeria

Me quedo embobada mirando un adorno de Navidad con forma de Rodolfo el reno que cuelga sobre mi cabeza mientras esperamos la infinita cola que hay en San Ginés para tomar nuestro tradicional chocolate caliente con churros. Lucas ha refunfuñado un poco cuando ha visto cuánto íbamos a tardar en pedir para encima tener que comérmolos de pie, pero la ventaja de ser la hermana mayor es que la que tiene la última palabra soy yo. Además, Black, nuestro *golden retriever*, parece muy ilusionado también, y eso que él no va a oler siquiera el chocolate o los churros.

—Con lo fácil que es comprarlos en el puesto que hay al lado de casa... —continúa murmurando mientras esconde la boca debajo de su bufanda, regalo mío del año pasado—. Hace un frío que pela, Val.

—Pues por eso, así entramos en calor.

—También entraríamos en calor en el metro, ¿sabes?

—Qué asco. —Se me escapa una mueca de disgusto, pero poco me dura.

—¿Quieres dejar de mirar eso? Te va a entrar tortícolis.

Le hago caso, aunque no porque me duela el cuello, y lo observó con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás muy *grinch* este año.

No me mira y se da la vuelta, como si pensara que voy a creerme que de verdad no me ha oído. Para llamar su atención, alargo el brazo y tiro del lóbulo de su oreja derecha hacia abajo hasta que él se queja (de forma exagerada, todo sea dicho) y se vuelve hacia mí fulminándome con la mirada.

—Eres una abusona.

—Va con el título de hermana mayor. Dime qué te pasa.

—He suspendido tres —murmura de nuevo, pero consigo escucharlo.

—¿Y qué? Te quedan dos trimestres para ponerte las pilas, solo tienes que aprovechar el tiempo.

—Para ti es muy fácil: eres la niña perfecta de mamá y papá.

—«Perfecta» es una palabra que me queda muy lejos y lo sabes. Quizás yo no tuve problemas en la ESO y en ese sentido estuvieron contentos, pero hubo otras cosas con las que no les tenía muy felices.

—Sí, bueno, la típica etapa de niña pija que quiere ser rebelde.

Aprovecho que ha dejado de masajearse la oreja para volver a cogerla y pegarle un nuevo tirón que le hace gimotear e inclinarse formando casi un ángulo recto.

—Relájate un poco, ¿no? Cómo se nota que estás nerviosa.

Le ignoro y me doy la vuelta acercando a Black hacia mí. Lucas tiene quince años, aunque por su altura cualquiera diría que está en la universidad, y las típicas distracciones que todos en esa etapa. Al menos, en su caso, no han empezado hasta tercero de la ESO. En el mío, fueron un par de años antes.

Acababa de entrar en el instituto y, aunque los chavales de esa edad creemos que es un gran cambio, en realidad sigue siendo como ir al colegio. Tenía las mismas amigas, casi las mismas asignaturas y usábamos el mismo uniforme. La única diferencia era la que nosotras creíamos que había.

Empezamos a maquillarnos como si fuéramos mayores, a subirnos un poco la falda porque llevarla por debajo de la rodilla era de pringadas, tonteábamos con chicos y mentíamos a nuestros padres y profesores. Al principio eran mentiras tontas y diminutas, con las que no te sientes mal si te pillan, pero sí una gran maestra del engaño si cuela.

Todo es muy divertido hasta que te explota en la cara. A mí me ocurrió esas Navidades. Les había dicho a mis padres que dormiría en casa de una amiga y ella había obrado igual con los suyos y mi casa. Creíamos haber ideado el plan perfecto para escaparnos al centro de Madrid solas.

De modo que cogimos el metro por nuestra cuenta, sintiéndonos las más listas del mundo, y nos bajamos en la Puerta del Sol. Recorrimos las calles llenas de adornos y luces, vimos algún que otro artista callejero y nos comimos un gofre con chocolate mientras paseábamos hacia la Plaza Mayor.

*Veinticinco de diciembre, fum, fum, fum,
veinticinco de diciembre, fum, fum fum.*

Todo parecía como siempre, pero yo me sentía diferente. Era el primer año que iba sin mis padres, que iba, comía y hacía lo que quería. También había sido la primera vez que me había pintado la raya del ojo y echado rímel en las pestañas (a escondidas de ellos). Quizás suene absurdo e infantil, pero a los doce años aquello parecía toda una muestra de madurez e independencia, como si no necesitara a nada ni nadie más solo por llevar el ojo un poco más oscuro.

Las típicas *niñatadas* que se hacen a esa edad, supongo.

*Venid, venid, pastorcillos, fum, fum, fum,
venid, venid, pastorcillos, fum, fum, fum.*

La parte mala es que el karma termina actuando cuando menos lo esperamos y suele ser más pronto que tarde. Y así ocurrió: yo no sabía que mis padres habían optado por dar un paseo por el centro aquella tarde y no esperaba encontrármelos en medio de la Plaza Mayor, justo antes de que yo hubiera decidido acercarme a ver la bolita de nieve que todos los años me llama la atención y que ninguno, por los motivos que sean, termino por llevarme a casa.

—¡Valeria! —Me sobresaltó la voz sorprendida y enfadada de mi padre a mi espalda.

Yo enseguida me tensé y abrí los ojos como platos. Me giré para encontrarme a ambos mirándome entre incrédulos y decepcionados mientras mi madre sujetaba a Lucas de la mano muy cerca de ella para que no se perdiera entre tanta gente.

A mí se me secó la boca y el corazón me retumbaba en los oídos. Me habían pillado en, probablemente, la mentira más grande que les había contado y lo peor no era aquella, sino ver la decepción en los ojos de mi madre al darse cuenta de que la había engañado. Ni siquiera me gritó y creo que eso fue lo que más me dolió y me hizo darme cuenta de lo mal que lo había hecho todo.

—Vámonos a casa —le dijo a mi padre sin mirarme, aunque entendí que también me lo decía a mí.

No me atreví a replicar. Solo intercambié una mirada breve con mi amiga, quien se había quedado apartada, y ambas comenzamos a caminar detrás de mis padres en silencio. Sabía que en cuanto llegara a casa tendría una charla intensa y que estaría castigada hasta ni sabía cuándo. Así que agaché la cabeza y me dije a mí misma que no quería volver a ver a mi madre mirarme de ese modo.

Aun así, no pude evitar echar un vistazo por encima de mi hombro al puestecito donde esperaba que siguiera la bola de nieve con la casa de Papá Noel dentro y vi a la misma chica de los otros años colgando algunos adornos en la marquesina. Estaba sonriendo y diciéndole algo a

alguien dentro de la caseta.

En ese momento no supe por qué se me había acelerado el corazón, pero al menos me hizo sentir un poco mejor. Ese año no vería la bolita de nieve y tampoco intercambiaría ninguna palabra con esa chica. Y hasta un tiempo después no entendí por qué la segunda me daba más pena que la primera.

Capítulo 5



Martina

Me acuerdo de la primera vez que me dejaron encargarme de la caseta por mi cuenta y recuerdo que también estaba emocionada. No solo por lo bien que sabía que me lo pasaría, sino por el voto de confianza que mis padres y mi abuela habían depositado en mí.

Se marchan al cabo de un rato, cuando una de ellas ha comprado una figurita de un trineo rojo y blanco para su hermano pequeño, pero yo me quedo recordando aquella Navidad en que, como ellas, vine a la plaza sin ninguna supervisión y me encargué de la caseta en el mercadillo sola. La ilusión y la felicidad me calentaban tanto el alma que apenas notaba el frío al quitar el candado y subir la persiana metálica de la caseta.

*Jingle bells, jingle bells,
Jingle all the way.*

Fue una de las tardes más gélidas de aquel invierno, pero a mí me dio igual. Apenas lo noté, porque no paraba de moverme de un lado a otro en la caseta, esperando a que alguien se acercara para mostrarle la magia y el fulgor que se escondían en algo tan simple como una bola roja y dorada o unas guirnaldas de espumillón con las que adornar el árbol de Navidad en casa.

*Oh, what fun it is to ride
In a one-horse open sleigh.*

Se acercaron varias personas y mi sonrisa fue la más amplia del lugar. Apenas tenía dieciséis años y era la primera vez que me encontraba sola ante el público, pero estaba emocionada. La Navidad siempre provocó —y sigue provocando— ese efecto en mí: el de llenarte el corazón de nieve suave y blanca y solo querer salir a jugar.

Eran más de las ocho cuando el gentío, a pesar de ser fin de semana, empezó a disiparse y los villancicos y canciones navideñas se escuchaban con más nitidez a través de los altavoces de la plaza. Todos los años ponían los mismos, en el mismo orden, pero no importaba porque esas melodías plagadas de cascabeles e imágenes dulces y risueñas también eran parte del espíritu de la Navidad.

*Have yourself a merry little Christmas.
Let your heart be light.*

Hacía rato que me había sentado en la butaca frente al calefactor porque ahora sí que sentía el frío en los huesos de aquel diciembre tan bajo cero. Podía ver mi aliento cuando respiraba y sentía los dedos de las manos agarrotados incluso debajo de los guantes. Ya entendía lo que había querido decir mi madre con que no era lo ideal para la abuela pasar tantas horas ahí metida; por eso me había pedido que me encargara yo ese año.

Estaba tan sumida en mis pensamientos, con la mirada perdida en los colores de la estufa, que no me percaté de que alguien se había acercado a la caseta hasta que escuché su voz. *Su voz.*

—Esta siempre me ha parecido preciosa.

Levanté la cabeza como un resorte y ahí estaba ella, con su trenza rubia por encima del hombro —incluso más larga que la vez anterior— y algo muy llamativo que no le había visto antes; sus labios brillaban tanto como la estrella que colgaba junto a su cabeza por el *gloss* que se había puesto.

Valeria...

Aunque las anteriores Navidades había esperado encontrarla o que apareciera frente a la caseta de mi abuela como ahora, en ninguna de ellas mi deseo se había cumplido. Hasta ahora. Dos años después.

—¿Cuál? —le preguntó el chico moreno en el que no había reparado hasta que habló y que llevaba enredada en la mano la correa de un perro. Me pregunté quién sería; su hermano, un amigo... ¿Un novio?—. ¿La bola de nieve?

Valeria asintió con la cabeza al tiempo que alargaba la mano para coger la misma bola de nieve con la casa de Santa Claus que había tomado en nuestro primer encuentro, hacía ya ocho Navidades; la misma que también miró la segunda vez que se acercó a la caseta cuando apenas tenía doce años.

*Here we are as in golden days,
Happy golden days of yore...*

La vi observarla con admiración y un aire infantil que la hacía brillar incluso más de lo que recordaba. Al cabo de un rato que no supe determinar, Valeria levantó la cabeza y me miró como si hubiera sabido que la estaba observando todo el tiempo.

—Hola. —La forma tan natural con la que me saludó y la sonrisa tan amplia que me dedicó hicieron que mi corazón dejara de temblar de frío para empezar a sacudirse de emoción.

—Hola.

—Veo que esta sigue sin venderse después de tanto tiempo.

«Se acuerda. ¡Se acuerda!». Se acordaba de mí y de la bola de nieve sobre la que siempre giraban todos nuestros encuentros.

—Sí, eso parece —contesté con la poca voz que pude encontrar y sintiendo las mejillas arder. Esperaba que, si ella lo notaba, lo achacase al frío.

—Es como si me estuviera esperando...

Valeria volvió a internarse en esa burbuja nevada y su mirada se perdió en cada copo que caía sobre el tejado de Santa Claus después de que la sacudiera. Parecía feliz imaginando a saber qué en ese mundo helado. Al menos hasta que el chico que la acompañaba la sacó de su ensoñación con voz impaciente y malhumorada.

—Val, tenemos que irnos. Me estoy helando.

—Sí, sí. —Ella pareció atorada de su propia imaginación y parpadeó varias veces antes de mirarme. No supe definir qué ocurrió, pero fue como si una estrella fugaz atravesara sus ojos para devolverle la sonrisa—. Me la voy a llevar.

Se me paró el corazón y, cuando comenzó a latir de nuevo, su ritmo se había acelerado tanto que necesité quitarme los guantes para no sufrir un ataque de combustión espontánea.

—¿De verdad? —pregunté conteniendo a duras penas la ilusión que me hacía aquello que dijo.

Valeria asintió con la cabeza con tanta efusividad que me contagió su sonrisa.

—Val, no gastes el dinero en chorradas —intervino de nuevo el chico.

—No son chorradas, Dani —le contestó ella frunciendo el ceño dolida—, es algo que me gusta.

—Ni siquiera llevas dinero suficiente. Solo hemos traído lo justo para ir a cenar. —El tal Dani dio una vuelta sobre sí mismo para desenrollar la correa que tenía alrededor—. Míralo, está inquieto. ¿Podemos irnos ya?

Valeria suspiró y, resignada, dejó la bola de nieve en el mismo hueco que había ocupado antes. Después, me miró como si me estuviera pidiendo disculpas y yo traté de sonreírle para que

no se sintiera mal. Entonces, el chico le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él mientras le pasaba la correa del perro.

—Anda, venga, todavía tengo que darte tu regalo de aniversario.

Sí, definitivamente era su novio. Ella sonrió, pero esa curva ya no era la misma. No, porque sus ojos no brillaban como cuando se internaba en el universo nevado de la bola.

*Through the years
We'll always be together.*

—¿Me la guardarás para cuando volvamos a vernos? —me preguntó mientras resistía al tirón que el tal Dani le estaba dando de la mano.

Asentí con la cabeza y sonreí todo lo que pude. Quizás no fuera mucho, pero esa pregunta llevaba implícita una promesa: la de volver a verla.

*If the Fates allow
Hang a shining star upon the highest bough.*

—Vamos, Black.

Se dejó llevar por el agarre de su novio y el *golden retriever* que movía la cola emocionado por todas las luces y gente entre las que se encontraba. La vi alejarse por las calles que salían de la plaza y, aunque apenas fue un momento, justo antes de que doblara la esquina, giró la cabeza y nuestros ojos se encontraron.

Duró solo un instante, pero a mí me sirvió para darme cuenta de que aquello no era solo amistad. No quería solo ser su amiga, pero no estaba segura de qué envolvía ese sentimiento que crecía en mi pecho. No supe cómo me sentí con respecto a ella hasta que no le di vueltas en la cama esa misma noche y fue entonces cuando me di cuenta de que no esperaba a la chica de la trenza rubia solo porque me gustara su sonrisa o el brillo de sus ojos. Era mucho más sencillo que eso.

So have yourself a merry little Christmas now...

Capítulo 6



Valeria

Si hay algo en lo que mi hermano y yo nos parecemos, es en que somos fácilmente sobornables si hay chocolate de por medio. Así que, cuando por fin está mojando sus churros en el chocolate caliente y humeante que sostiene como si fuera oro, nadie dudaría de su felicidad extrema. Seguramente yo tenga la misma sonrisa infantil y emocionada.

La merienda nos ayuda a entrar en calor y tener las manos alrededor de la taza, todavía caliente, cuando terminamos de comer hace que no estén tan frías. Durante el paseo escuchamos varios grupos de personas en la calle cantando villancicos y tocando panderetas y nos detenemos a dejar alguna que otra moneda en los cuencos cercanos.

*Campana sobre campana
y sobre campana una.
Asómate a la ventana,
verás al niño en la cuna.*

De nuevo, me quedo embobada mirando las luces que atraviesan las fachadas de los edificios y cuelgan de ambos lados de la calle Preciados. Los trineos, los renos, las campanas, los copos de nieve... Siempre me ha resultado todo tan hipnótico que me es imposible no sonreír y sentir el pecho lleno de calor.

Llegamos a la plaza de Callao y Lucas insiste —aunque yo tampoco me resisto— en entrar en la caseta que hay en medio de la plaza, la que siempre está llena de adornos navideños de lo más únicos y peculiares. La dueña parece comprensiva y nos permite entrar con Black después de comprobar que es muy obediente y no hay riesgo de que rompa nada.

Dentro, suena muy suave *Burrito Sabanero*, uno de los primeros villancicos que Lucas y yo nos aprendimos de pequeños. El recuerdo parece haberle llegado a él también, a juzgar por la

sonrisa y la mirada divertida que me dedica. También fue ese el primer año que nos propusimos comprar un roscón de Reyes por nuestra cuenta con el dinero que ganáramos cantando villancicos de puerta en puerta por nuestro vecindario. No fue un roscón muy grande, pero a nosotros nos supo a éxito rotundo.

*Con mi burrito sabanero,
voy camino de Belén.
Si me ven, si me ven,
voy camino de Belén.*

Una vez que salimos de la caseta, volvemos a sentir el aire en la cara. Lucas incluso exagera un escalofrío que a mí me hace reír.

—Oye, ¿por aquí no había un Starbucks? —me pregunta dando vueltas sobre sí mismo, buscando la cafetería.

Yo le imito, aunque me acuerdo perfectamente de esa esquina en la que ahora hay una tienda de cosméticos. Debieron de cerrarla después de que Dani y yo estuviéramos ahí por última vez. Un recuerdo amargo me ataca en ese momento.

Fue hace dos veranos y yo ya llevaba varios meses sin sentirme del todo a gusto en la relación. Apenas llevábamos un año y medio, pero para mí, que nunca había tenido novio, era como llevar toda la vida juntos. Habíamos venido a dar una vuelta por el centro, aprovechando que la capital en esa época del año se vacía, y entramos a la cafetería a tomarnos un café con helado.

Estábamos sentados en la planta de arriba, mirando Gran Vía en dirección a Plaza España, y yo no sabía cómo sacar el tema con él. Hacía un tiempo que sentía que no avanzábamos. Él apenas me prestaba atención cuando le contaba cosas importantes para mí o le hablaba de algo que me gustase. Y yo, cada vez que veía alguno de esos desplantes, perdía más las ganas de contarle nada.

Si estábamos así con apenas un año de relación, ¿qué habría venido después?

Poco sabía de las relaciones amorosas, pero estaba segura de que no quería aquello, y tenía que decírselo a él para cambiarlo o para terminarlo sin alargar la angustia.

—Dani —me lancé—, me gustaría que habláramos sobre...

—Joder, mira al del patinete ese —me interrumpió sin siquiera apartar la mirada de la ventana. Él se reía mientras observaba a un chaval en un monopatín eléctrico atravesar Gran Vía de un lado a otro por medio de los coches—. A la gente se le pira muchísimo la pinza.

—Dani... —volví a intentarlo después de respirar hondo para armarme de paciencia—, te

estaba diciendo que...

—Oye, vamos luego al FNAC. Quiero ver si han sacado un nuevo juego de...

Dejé de escucharle. Y de mirarle. Había clavado los ojos en la servilleta que sostenía en la mano derecha, ya arrugada. En cierto sentido, me pareció una metáfora muy acertada: de algo que ya no servía para nada.

—No.

Lo dije tan alto que tuve la sensación de que varias personas se giraron para mirarme, aunque el único efecto que me importaba era el que tuvo en Dani, quien me miraba en silencio y con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Qué?

—Te he dicho que no. Llevo un rato intentando hablar contigo de algo importante, de nosotros. Porque hace tiempo que me siento un cero a la izquierda cuando estoy contigo, que me ninguneas y solo hacemos lo que tú quieres. Y ya me he cansado. Quería arreglarlo, que entendieras cómo me siento, pero es que ni siquiera me escuchas. Se me ha agotado la paciencia, quiero que se acabe ya.

No sabía si me había detenido para respirar o porque no tenía nada más que decir, pero lo cierto era que sentí los hombros mucho más ligeros. Dani pestañeaba sin comprender, aunque ahora sí que estaba girado hacia mí.

—¿De qué hablas, Val? Sí que hacemos cosas que quieres.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Ir a ese estúpido mercadillo navideño todos los años.

—Primero, «todos los años» son las dos Navidades que llevamos juntos, no exageres. Y segundo, si lo llamas estúpido, me estás dando toda la razón, porque no respetas lo que me gusta a mí. No tienen que gustarnos las mismas cosas, eso sería aburrido, pero respetar y apoyar a la otra persona creo que son los pilares de una relación y la nuestra ya no se tiene en pie.

—Vaya, así que ¿estás rompiendo conmigo? ¿Tú?

Puse los ojos en blanco, porque me acababa de dar cuenta de que, aunque Dani tuviera dos años más, en realidad la más madura era yo. Y ahí estaba, demostrándoselo.

—No quería que fuera de esta forma, pero parece ser que así es.

Le sostuve la mirada sin vacilar. Él seguía sin poder creerse que estuviéramos teniendo esta conversación. No es que fuera plato de buen gusto para mí tampoco, pero no me quedaba más remedio que darle ese ultimátum. Yo quería que las cosas cambiaran y él, por el contrario, ni siquiera veía lo que estaba yendo mal. De modo que lo mejor que podíamos hacer era seguir cada uno por su lado antes de que la cosa se complicara más.

Continuamos discutiendo, metidos en el bucle que él hacía girar en torno a mis supuestos caprichos. Estaba tan ciego que ni siquiera se detenía a entender lo que le estaba diciendo: que mi incomodidad no había surgido hacía unas horas o unos días, que llevaba meses sintiendo que lo nuestro no iba a ninguna parte.

Al final, Dani se levantó de su silla y, después de espetarme de nuevo que no era más que una niña mimada y consentida, se marchó. Yo me quedé ahí sentada varios minutos, con la mirada clavada en las letras de mi nombre dibujadas en la taza de café de cartón, aguantándome las ganas de llorar.

No quería darle vueltas, pero sabía que era algo por lo que tenía que pasar y que tardaría un tiempo en calmarse. Así que recogí mi bebida y mi bolso y salí de la cafetería con la intención de volver a casa y desahogarme en la privacidad de mi habitación.

Capítulo 7



Martina

La adolescencia es una época complicada. Se viven muchas emociones diferentes y tendemos a sentir las con una intensidad arrolladora. Nos cuestionamos todo lo que se nos cruza por la cabeza y la única conclusión a la que llegamos es que nada tiene sentido. Hasta que lo miramos con perspectiva, después de un tiempo y con una visión más amplia.

Fue lo que me ocurrió a mí al cumplir los diecisiete.

Todos los chicos y chicas empiezan a hablar de las personas que les gustan bastante antes, pero en mi caso era más retraída. El año anterior me había dado cuenta de que sentía un amor platónico bastante fuerte hacia Valeria, la chica de la trenza rubia, a pesar de que solo la había visto unas pocas veces y que nuestras conversaciones no eran demasiado largas y fructíferas. Aun así, yo ya había aceptado que me gustaban las chicas y, después de hablar con mis padres y que no tuvieran ningún problema con ello, el peso sobre mis hombros había desaparecido con rapidez.

No había tenido novia ni había besado a nadie hasta ese verano, cuando decidimos cambiar de destino vacacional y nos fuimos a Cádiz. El *camping* en el que estuvimos mis padres y yo tenía mucho ambiente y, a decir verdad, mucha gente de mi edad. Se organizaban fiestas temáticas en la piscina, noches de karaoke y barbacoas varios días a la semana.

—Yo creo que, si nos gusta, podríamos volver el año que viene —había dicho mi padre a los pocos días de instalarnos y que se sintieran acogidos por la comunidad de campistas ya veteranos.

—Vamos a ver qué tal este verano y ya el siguiente veremos —le frenó mi madre, aunque yo estaba segura de que acabaríamos repitiendo.

Allí hice varios amigos, entre los que se encontraba Elena, con quien tenía más conexión. El grupo entero —en torno a unas cinco personas— quedábamos todas las tardes en la piscina para escuchar música o jugar a las cartas. Era divertido. Por las noches, mientras los adultos se quedaban en la zona de barbacoa, charlando y riéndose a carcajadas, nosotros nos metíamos en el

recinto de la piscina de nuevo para estar solos un rato.

Una de esas noches, estuvimos jugando a verdad o reto y, entre unas cosas y otras, terminó siendo más bien una competición para ver quién se acobardaba antes. A mitad de la partida, a Elena le tocó atrevimiento y tuvo que besar a quien más le atrajera del grupo. Para nada esperaba que se pusiera de pie y caminase hasta donde estaba yo para cogerme de la mano y llevarme a la zona de la piscina en la que no había farolas.

Ninguna de las dos dijo nada mientras ella me arrastraba, pero no dejábamos de oír los silbidos y gritos burlones de los demás. Yo permanecía callada porque no sabía cómo reaccionar a aquella revelación; simplemente me dejé apoyar en el muro y esperé a que ella dijera algo. Sin embargo, no hubo palabras: directamente sentí los labios de Elena en los míos y no pude hacer más que cerrar los ojos y devolverle el beso.

Era la primera vez que hacía aquello y tenía que admitir que me sentía un poco torpe. No sabía dónde poner las manos, así que terminé por dejarlas muertas a ambos lados de mi cuerpo. No tenía ni idea de qué hacer con la lengua, de modo que traté de imitar sus movimientos. Tampoco quería parecer estática, pero el corazón me latía tan alto en los oídos que me costaba pensar.

Y cuando terminó, cuando ella se separó de forma brusca, tuve la sensación de que no era lo que había esperado. No había sentido la magia que asociaba a los primeros besos, lo había idealizado tanto que terminé decepcionada.

Hablamos unos minutos sobre que aquello no tenía que influir en la amistad que estábamos creando. Y no lo hizo, por suerte. Solo fue un beso parte de un juego que en realidad no trascendió. Seguimos siendo amigas y actuando con normalidad el resto del verano, porque, aunque había sido mi primer beso, yo no me sentía tan diferente como habría esperado.

Tal vez lo que hacía falta era que se tratase de otra persona. De alguien especial.

Fue ese verano cuando me di cuenta de que la única persona a la que me imaginaba besando era Valeria.

Apenas nos habíamos visto unas pocas veces a lo largo de los años, sin embargo, yo tenía la sensación de que no hacía falta mucho tiempo para conocer y querer estar cerca de una persona. Solo era necesario aprovechar esos momentos. Y sí, quizás los nuestros habían sido escasos y cortos, pero suficientes para que yo no pudiera sacármela de la cabeza durante años.

Feliz Navidad.

Feliz Navidad.

Feliz Navidad.

Próspero año y felicidad.

Ni siquiera ahora soy capaz de hacerlo. Cada año, en cuanto abrimos la caseta del mercadillo, mi corazón se estremece al pensar en todas las posibilidades de nuestro encuentro de esas Navidades. Cuando la dejamos volar, nuestra imaginación puede ser de lo más esperanzadora.

I wanna wish you a Merry Christmas.

I wanna wish you a Merry Christmas.

—Perdona, ¿tienes sombreros de chimenea? —me pregunta una chica más o menos de mi edad desde el otro lado de la mesa expositora, sacándome de mis pensamientos y trayéndome de nuevo a la Plaza Mayor de este veintitrés de diciembre.

Los villancicos resuenan por los altavoces y el gentío alegre recorre las calles del mercadillo. No hace falta esforzarse mucho para contagiarse del ambiente navideño y respirar esa aura de esperanza y paz que siempre transmite esta época.

Me vuelvo hacia la muchacha, a quien parece esperarla otra chica a un par de pasos de distancia, y le sonrío antes de asentir con la cabeza.

I wanna wish you a Merry Christmas

From the bottom of my heart...

—Sí, dame un segundo.

Me agacho debajo de la mesa y saco uno de los sombreros con forma de chimenea roja y las botas de Papá Noel sobresaliendo por arriba. Le tiendo la bolsa que lo contiene y la otra chica se acerca a pagarlo con una sonrisa de oreja a oreja. Enseguida, la primera chica se lo pone en la cabeza con una risilla de entusiasmo que le corresponde la segunda. Después, esta se inclina y le regala un breve beso en los labios.

Me dan las gracias y se despiden antes de girarse y caminar entre la gente cogidas de la mano. No puedo evitar quedarme mirándolas hasta que las pierdo de vista, pero la sonrisa que me ha dibujado verlas no desaparece. Clavo la mirada en las guirnaldas que cuelgan de una caseta a otra, iluminando la plaza y dándole un toque más mágico a todo.

El pecho se me llena de algo parecido a la esperanza, algo cálido y emocionante.

No puedo aguantar a que ella aparezca.

Capítulo 8



Valeria

Lucas y yo seguimos paseando con toda la calma que la marabunta nos permite por las calles de Madrid, viendo los adornos, las luces y todo lo relacionado con la Navidad que nos encontramos por el camino. Cualquiera diría que somos demasiado mayores para ello, pero igualmente nos detenemos frente al muro de Cortilandia para rememorar esos momentos en los que íbamos con nuestros padres siendo unos niños.

*We wish you a Merry Christmas
We wish you a Merry Christmas
We wish you a Merry Christmas
And a happy New Year.*

Después, nos dirigimos a la Plaza Mayor con paso lento, aunque disfrutando de todo lo que encontramos y vemos por el camino. Lo que Lucas no sabe es que tengo un nudo en la boca del estómago desde que hemos salido de casa porque ir a la Plaza Mayor significa pasear por el mercadillo navideño y eso implica encontrarme con la chica de mi puesto de adornos favorito. El verdadero motivo por el que estas Navidades van a ser más especiales que cualquier otras.

Desde luego, mejor que las últimas.

Después de que Dani y yo rompiéramos aquel día en la cafetería, los meses que vinieron no fueron de lo más agradables. No paraba de recibir mensajes suyos en los que o bien me suplicaba que le diera otra oportunidad y me juraba que iba a cambiar o bien me hablaba con condescendencia y continuaba tratándome como si aquello no se tratara más que de una rabieta de niña malcriada.

Yo no le contesté a ninguno de ellos después de contarle a mi madre todo lo que había ocurrido, por qué había tomado la decisión de terminar mi relación con él y que le enseñara cada

mensaje suyo que recibía. Le bloqueé y, al tiempo, dejé de recibir llamadas y mensajes de su número. Por fin podía respirar tranquila.

Aun así, seguía sintiéndome triste y decepcionada. Sabía que no iba a ser la única vez que me gustase un chico ni la última que saliera con nadie. Sin embargo, la desilusión de que la primera relación de toda mi vida hubiera resultado de aquella forma me hundía los hombros y hacía que prácticamente nada a mi alrededor me arrancara una sonrisa.

Esas Navidades mis padres tuvieron que arrancarme la manta y hacer que Lucas tirase de mí hacia la calle para que los acompañara a ver las luces de Navidad al centro. Era una tradición familiar que ya había roto una vez por, precisamente, comportarme como una niña caprichosa. No quería volver a cometer ese error.

De modo que claudiqué y, aunque no era el alma de la fiesta, paseé por las calles llenas de luces de diferentes colores del brazo de mi madre y compartiendo un chocolate con churros con mi hermano. A pesar de que no tenía mucho ánimo, un poco sí que consiguió distraerme.

No tardamos en ir a la Plaza Mayor a echar nuestro típico vistazo a las casetas del mercadillo navideño de todos los años. Sabía que encontraría los mismos adornos, luces y sombreros (o quizás alguno nuevo), pero me daba igual. Siempre había sido mi parte favorita de esa excursión familiar.

Recorrimos todos los pasillos, como cada Navidad. Mi madre agobiada por todo el gentío, mi padre acariciándole la mano e intentando que se relajara y mi hermano gritando y saltando cada vez que veía a alguien llevar un sombrero diferente.

Yo, por mi parte, tenía ganas de llegar a la caseta donde encontraría esa bola de nieve que siempre me hacía sonreír. Observar el tejado de la villa de Papá Noel cubriéndose de nieve era —y sigue siendo— de las imágenes más bonitas que vería nunca. Cada año las casetas cambiaban de posición; supongo que se repartirá por sorteo. Así que encontrar la villa de Papá Noel era también parte de la aventura.

*Rockin' around the Christmas tree
At the Christmas party hop.*

Llevaríamos cerca de media hora caminando por la plaza cuando la encontré. Y no, no me refiero a la bolita de nieve. Me llamó la atención ella, con su melena castaña mucho más larga de lo que la recordaba y su voz clara mientras hablaba con una mujer que tendría la edad de mi madre. Seguramente fuera la suya.

No sabía cuánto tiempo, cuántos segundos o minutos, me había quedado mirándola, pero la seguridad que transmitía al hablar me había impactado tanto que no podía dejar de mirarla. Hasta que ella pareció darse cuenta de que alguien la observaba y volvió la cabeza en mi dirección.

Quise achacar el rubor de mis mejillas al frío, pero una parte de mí ya sabía que no era más que una excusa barata.

*Mistletoe hung where you can see
Every couple tries to stop.*

Me centré en buscar la bolita de nieve entre las muchas y preciosas figuras que había sobre la mesa. No la encontraba y por un momento temí que la hubieran vendido ya. Aquello habría sido un motivo más para haberme quedado en casa ese día: no lo habría sabido y no habría estado tan triste.

—Hola —me sobresaltó una voz.

Levanté la cabeza y me encontré a la chica morena mirándome con una sonrisa nerviosa y los ojos brillantes. Enseguida se me contagió su expresión y le devolví el saludo con un extraño e inesperado nerviosismo.

—¿Buscas esto?

Metió la mano debajo de la mesa y sacó una caja de cartón. La abrió y de ella salió mi bolita de nieve. Mi sonrisa se ensanchó y alargué las manos cuando ella me la tendió. Me quedé embobada mirándola después de sacudirla con el corazón cálido latiéndome en el pecho. Tras la primera caída no la solté. La nieve ya estaba en el tejado, en los árboles y el buzón, pero yo seguía esperando que continuara por arte de magia.

*Rockin' around the Christmas tree
Let the Christmas spirit ring.*

Eso era la Navidad, ¿no? Los días más mágicos del año, en los que la esperanza y la felicidad son las protagonistas. Eran esas las emociones que quería que me transmitiera la bolita y, en cambio, seguía igual de triste que antes.

—¿Estás bien? —susurró su voz de nuevo, trayéndome de vuelta.

Levanté la cabeza y la miré intentando disimular el fantasma que la había cruzado y traté de sonreír.

—Sí, sí. Es que es preciosa.

Le tendí la bolita de vuelta, pero ella no la cogió. En su lugar, me miró con el ceño ligeramente fruncido.

—¿No quieres llevártela?

Lo pensé unos segundos. No iba con esa intención, aunque era cierto que llevaba años y años queriendo esa bolita en mi estantería o junto al árbol de Navidad que teníamos en el salón. Toda mi vida había ansiado regresar a buscarla y darle un hogar, y por los motivos que fueran no lo hacía. Y ahora... No sentía que fuera el momento.

*Later we'll have some pumpkin pie
And we'll do some caroling.*

No creí que tuviera que comprarla en las Navidades que más deprimida me sentía, porque no habría sido justo. No sabía si tenía sentido, pero mi cabeza me decía que no era la ocasión, que no era así como me imaginaba por fin teniéndola en mis manos y llevándomela a casa.

De modo que tragué saliva y, con una expresión de tristeza que traté de disimular, negué con la cabeza y volví a tenderle la bolita. Ella la cogió después de unos segundos, con la cara de sorpresa todavía pintada, y la metió en la caja. Tuve que apretar los labios para no llorar de la impotencia en aquel instante. Sin embargo, su voz volvió a llamar mi atención y deshizo ligeramente el nudo que se había alojado en mi garganta.

—Seguirá aquí esperándote el año que viene.

Y no supe por qué, pero una parte de mí creyó que no hablaba de la bolita.

—No... No tienes por qué guardarla por mí.

—Ya lo sé. —Su sonrisa se ensanchó y a mí se me calentó el pulso—. En realidad... —Se aclaró la garganta y agachó la mirada hacia la caja que contenía la bolita, pero aun así pude ver el rubor en sus mejillas—, la guardo por motivos egoístas.

Mi corazón se saltó un latido y se me secó la boca de golpe.

Quise preguntarle a qué se refería. Si se refería a mí, porque conservar esa bolita hacía que yo me acercara todos los años a su puesto e intercambiara unas pocas palabras con ella. Si sabía que para mí también era un reclamo para hablar con ella unos segundos cada Navidad.

Sin embargo, entre el bloqueo en mi garganta y mi hermano viniendo a buscarme, no tuve oportunidad. Lucas tiró de mi brazo y yo, trastabillando por la sorpresa, caminé lejos de la caseta. Apenas pude levantar el brazo para despedirme, pero ella tuvo tiempo de devolverme el gesto y sonreírme una última vez.

*Here comes Santa Claus
Here comes Santa Claus
Right down Santa Claus lane.*

Aquella fue la última Navidad que vinimos al mercadillo navideño, hace ya dos años. El último estuvimos de viaje en Gran Canaria con la familia de mi madre y para cuando volvimos, ya habían desmantelado la plaza. Me habría gustado ir ese diciembre a su caseta y pedirle la bolita, además de preguntarle su nombre. Casi diez años encontrándonos todas las Navidades y no tenía ni idea de cómo se llamaba.

Este año le pondré remedio. Este año... va a ser diferente. Ya no solo porque me lo haya propuesto: acercarme a ella, preguntarle su nombre y comprarle de una vez la bolita de nieve. También lo siento en todo mi cuerpo. En mis manos frías, en las piernas que me llevan hasta allí como un imán, en mi pecho cálido y anhelante.

Y esa sensación solo se hace más fuerte en el instante en que pongo un pie por fin en la Plaza Mayor de Madrid y me adentro en su icónico mercadillo navideño.

Capítulo 9



Martina

Llevo todos estos años guardando esa bola de nieve. Sigue expuesta, claro, porque es un aliciente y un reclamo para que la gente se acerque a nuestra caseta, pero siempre que alguien me pregunta cuánto cuesta, mi respuesta es la misma: «Lo siento, está reservada».

*I don't want a lot for Christmas.
There is just one thing I need.*

Han pasado ya dos años desde que la vi aquella tarde de diciembre en la que me di cuenta, contra todo pronóstico y sin apenas haber intercambiado unas pocas frases con ella a través de los años, de que me había enamorado de la chica de la trenza rubia. Pero soy paciente, la bola sigue aquí y ella dijo que volvería en algún momento; así que, tal como siempre se hace en Navidad, elijo creer que así será. Elijo tener fe.

—Hola, cielo. —Mi madre entra por la puerta trasera de la caseta y me da un beso en la mejilla antes de acomodarse en la butaca frente a la estufa—. ¿Qué tal la tarde?

—Bien, ha estado entretenida. Creo que la gente ya tenía ganas de un poco de alegría y diversión navideña.

—Me alegro de que hayas estado ocupada, así no notas tanto el frío.

Sonrío y me abrazo a mí misma apoyándome de espaldas contra una de las paredes de la caseta. Hace rato que no se acerca nadie, pero no importa. Es divertido ver a los niños correr con el algodón de azúcar o a las parejas cogidas de la mano mientras señalan las luces por encima de las casetas. En Navidad todo siempre es bonito.

—¿Por qué no vas a dar una vuelta y me traes una bolsita de castañas asadas?

Mi sonrisa se ensancha por la inocencia de la pregunta de mi madre. Es su pequeño placer oculto: las castañas asadas que solo pueden comerse en Navidad.

*I don't care about the presents
Underneath the Christmas tree.*

Me cierro el abrigo todavía más y me pongo los guantes por dentro de las mangas. Me aseguro de llevar dinero en los bolsillos y salgo por la misma puerta por la que ha entrado ella.

—Vuelvo en un rato, ¿vale?

—Yo me encargo de todo, no te preocupes. Gracias, cariño.

Cierro la puerta y camino por los pasillos de casetas adornadas y algunas incluso con banda sonora propia. El ambiente es jovial y feliz. Es lo que más me gusta de la Navidad; siempre le trae una sonrisa a todo el mundo. Llego al puesto de castañas y le pido una buena cantidad para que mi madre también tenga ese momento minúsculo de felicidad. Después, regreso a la caseta dando un rodeo para ver el resto de adornos, gorros y figuras que llaman mi atención.

I just want you for my own,

Cuando entro en la caseta, le tiendo a mi madre la bolsa, que coge como si se tratara de algo sagrado, y pongo las manos frente al calefactor para recuperar un poco la movilidad de mis dedos. Es bonito pasear por la plaza y envolverte de la atmósfera navideña, pero no en vano estamos frente a uno de los inviernos más fríos en décadas.

—Casi se llevan la bolita que guardas con tanto recelo para esa amiga tuya, ¿sabes?

More than you could ever know...

Echo un vistazo rápido al hueco que lleva ocupando estas últimas Navidades y me aseguro de que sigue ahí. No me sorprende que hayan preguntado por ella. Todos los diciembres al menos unas diez personas quieren comprarla, pero terminan llevándose otra distinta u otro adorno que también les llama la atención. Porque este, ya lo he dicho, está esperando a su dueña desde hace años.

—La chica no terminaba de creerse que estuviera reservada —sigue comentándome mientras disfruta de su merienda—. Decía que era imposible porque ella misma pidió que se la guardaran hace unos años.

Se me acaba de parar el corazón. ¿Qué?

—Pero no puede ser —continúa mi madre con naturalidad—, porque tú la estás guardando

para una amiga tuya. Yo conozco a todas tus amigas y a esa chica no la conocía de nada.

Me vuelvo hacia mi madre como un resorte y la miro con los ojos tan abiertos que podrían salirse de las cuencas en cualquier momento.

—¿Cómo era?

—¿El qué?

—La chica, mamá —la apremio con nerviosismo—, ¿cómo era la chica que quería llevarse la bola?

—Ah, pues... rubia con una trenza muy larga.

Ay, Dios mío... Era ella. Valeria. Ha estado aquí. Ha venido a por la bola.

—¿Qué más te ha dicho?

Me tiembla todo el cuerpo y esta vez no es por culpa del frío. Son los nervios, la emoción de que ha venido este año a cumplir esa promesa que nos hicimos y yo no estaba aquí. Mierda.

—Pues que la primera vez habló con una chica más o menos de su edad y que le pidió que se la guardara porque ella no llevaba suficiente dinero en ese momento. Y luego que otro año tampoco pudo llevársela por otros motivos, pero que habló con la misma chica y ella le dijo que se la reservaba. —¡Es ella, no hay duda!—. Y, bueno, he tenido que creerla, porque te ha descrito muy bien y, por lo histérica que te estás poniendo, asumo que esa bolita sí que era suya.

Make my wish come true...

Tiene razón, necesito calmarme, sin embargo, por más que lo intento, no puedo. Valeria está aquí, en el mercadillo, y podríamos habernos encontrado en cualquiera de sus pasillos en el rato que he estado fuera, pero no. Ella ha venido a la caseta a buscar su bolita de nieve como prometió.

Aunque no se la ha llevado. Eso es que va a volver. Va a volver a por ella. No, va a volver a por mí. Si solo hubiera querido la bola, le habría dado igual que se la vendiera yo o mi madre. Si no se la ha llevado, es que quiere verme a mí, ¿no?

—¿Por qué no se la ha llevado?

—Dijo que daría una vuelta y después vendría a ver si te encontraba.

Si antes mi corazón había dejado de latir al saber que Valeria estaba por aquí, ahora se ha acelerado tanto como una locomotora al confirmar que va a volver para buscarme.

—Tengo que salir —digo de repente cogiendo una caja y un pedazo de papel de burbujas de debajo de la mesa expositora.

—¿Adónde vas? Hace un frío horrible.

—Vuelvo en un rato, te lo prometo.

—Pero... ¡Martina!

*All I want for Christmas...
is you...*

No escucho la voz de mi madre pidiéndome que espere porque enseguida me precipito fuera de la caseta y empiezo a recorrer las calles del mercadillo, buscándola entre la gente. No me detengo ni siquiera al notar el cambio brusco de temperatura en mi cuerpo cuando siento el pecho a punto de estallar y la nariz agarrotada por el frío. Ahora mismo lo único que me interesa es encontrarla a ella.

Capítulo 10



Valeria

A petición de mi hermano y esa hambre que hace que no se llene nunca, nos detenemos en uno de los bares que rodean la Plaza Mayor para comernos un bocadillo de calamares. Lo degustamos en una de las mesas que tienen junto al local y confieso que algún que otro pedazo de pan le cae a Black. Él lo degusta encantado y no para de observarnos con la lengua fuera y esa sonrisa que pone siempre que hay comida cerca por si acaso algún debilucho termina por darle de comer. A menudo suelo ser yo.

—¿Puedes parar?

La voz de mi hermano hace que me vuelva hacia él. Llevaba un rato mirando los puestos del mercadillo que podía ver desde mi sitio por si la veía a ella, pero no he tenido suerte. Cuando me fijo en Lucas, no está comiendo y, en su lugar, está fulminándome con la mirada.

—¿Qué?

—Que estás provocando terremotos en la mesa y mi refresco ha estado a punto de terminar en mis pantalones varias veces ya.

Detengo el movimiento de la pierna al instante. Ni siquiera me había dado cuenta de que la estuviera sacudiendo tan deprisa.

—Perdón.

*Santa, tell me if you're really there.
Don't make me fall in love again
If he won't be here next year.*

Me acomodo de nuevo en el taburete con las rodillas juntas y me obligo a no mover nada más que los brazos y la boca para comer y beber.

—¿Estás nerviosa por algo?

Me hago la sorda unos cuantos segundos hasta que Lucas me da una patada por debajo de la mesa que alarma a Black y a mí me hace gritar y mirarlo tan mal como puedo.

—¡Au! ¿De qué vas?

—¿Por qué estás nerviosa? —vuelve a preguntarme y entonces entiendo que no me queda otra que confesar.

—Es que... Quiero ver a una persona.

—¿Estás liada con alguien?

—No exactamente.

Me muerdo el labio inferior un par de segundos. Echo un último vistazo a la plaza, pero sigo sin encontrarla. Supongo que tendré que continuar con la búsqueda una vez terminemos aquí y pueda seguir con el recorrido por los puestos. Suspiro y miro a mi hermano un instante justo antes de empezar a contarle toda la historia.

*I'm avoiding every mistletoe until I know
It's true love that he thinks of.*

Suena absurdo, lo sé. No sé quién es esa chica, no conozco su nombre y las únicas veces que he hablado con ella han sido en torno a una bola de nieve que llevo años queriendo comprar y nunca lo hago. Lo único de lo que estoy segura es de que siento una atracción hacia ese puesto que en un principio achacaba a la bola de Papá Noel, pero después me di cuenta de que no se trataba de ese adorno. Sino de ella.

También le digo que no estoy segura de adónde voy a llegar con esto o si solo está en mi imaginación y a la chica de la caseta en realidad únicamente le interesa hacer una venta, pero que prefiero pasar la vergüenza de tener que disculparme por haberlo interpretado todo mal a quedarme con la duda.

*But I don't want a new broken heart
This year I've got to be smart*

—Es una locura, ¿verdad? —le pregunto cuando he terminado de desahogarme.

—No me lo parece. —Lucas calma mi ansiedad. Es la dinámica que siempre hemos tenido: uno se agobia y el otro le quita importancia—. A veces hay que arriesgarse y jugársela; si no, nunca conseguiríamos lo que queremos. Es cuestión de atreverse —dice encogiéndose de hombros.

Es la misma clase de consejos que le daría yo a él si estuviera en mi situación. Se nota que somos hermanos. Una sonrisa se me escapa al pensar eso. Después, asiento con la cabeza.

—Tienes razón. A veces hay que jugársela.

Y eso es a lo que yo he venido hoy.

—Visto que yo no voy a pintar nada en tu reencuentro con la chica misteriosa —Lucas se pone de pie y coge la correa de Black—, me voy a dar una vuelta con el grandullón y así te concentras en tu búsqueda.

—Oye —le llamo cuando se ha alejado unos pocos metros—, te tocaba pagar a ti. Yo te he invitado al chocolate y los churros.

Mi hermano me dedica una sonrisa torcida y burlona.

—Es mi precio por dejarte a solas con tu... Lo que sea que seáis esa chica y tú.

No sé si se da cuenta de cómo me sonrojo, aunque supongo que puedo echarle la culpa a la rabia y el enfado que en realidad no siento. Le veo alejarse y perderse entre la gente por uno de los arcos que sale de la Plaza Mayor.

Me vuelvo hacia la mesa y respiro hondo un par de veces. Antes no me había tomado tan en serio la búsqueda de la chica de la bolita de nieve, pero ahora... Tengo que verla esta tarde. No sé si volveré a venir al centro algún día estas Navidades, así que es ahora o nunca.

Pago la cuenta y me levanto de la silla con resolución. Me ajusto el abrigo y meto las manos en los bolsillos para resguardarlas del frío antes de internarme de nuevo en el pasillo de casetas decoradas e iluminadas en su búsqueda. Para encontrarla.

Capítulo 11



Martina

*Last Christmas I gave you my heart
But the very next day you gave it away*

Me detengo a respirar en medio de la plaza, junto al árbol de Navidad que sirve de faro para todos los visitantes. Doy vueltas a su alrededor, examinando qué pasillos he recorrido ya, cuáles no, dónde debería mirar otra vez por si acaso... hasta que la veo.

Camina sola con calma mientras observa los puestos por los que pasa con las manos en los bolsillos de su abrigo beis. Lleva esa trenza rubia tan suya sobre el hombro y ese brillo en los ojos que tan bien recuerdo.

Me quedo paralizada. Tanto rato buscándola, tantos años queriendo tener la oportunidad, que cuando por fin lo consigo, no tengo ni idea de qué debo hacer. Me encantaría acercarme a ella, saludarla, charlar y conocerla mejor. Ojalá tuviera el valor, ojalá me permitiera respirar para caminar en su dirección y decirle que he estado esperándola todo este tiempo.

*This year, to save me from tears
I'll give it to someone special*

Pero no lo hago, y no porque no lo desee o porque me sienta petrificada. Sino porque todos los pensamientos que se amotinaban en mi cabeza se han esfumado en el momento en que sus ojos han encontrado los míos.

Valeria también se ha quedado quieta, sorprendida. La diferencia es que ella tarda mucho menos en reaccionar que yo y enseguida aparece esa sonrisa amplia y brillante que tanto añoraba. Echa a andar hacia mí y eso me da la fuerza para hacer lo mismo.

La distancia se me hace eterna y frustrante, pero no cambiaría por nada del mundo poder

mirarla por fin sin nada entre nosotras, ni la marquesina ni la mesa expositora. Solo ella y yo. Frenamos casi al mismo tiempo, a apenas unos centímetros de distancia, y, cuando estoy a punto de decir que me alegro de verla, no tengo tiempo ni para reaccionar al frío de sus dedos en mi cara, porque me impacta más la calidez de sus labios.

*I'll give it to someone
I'll give it to someone special ...*

Cierro los ojos cuando veo que ella lo ha hecho y me centro en besarla, en abrazarla por la cintura y memorizar este momento. Si existe un momento en el que diciembre deja de ser un mes frío, gélido y azul, sin duda, es este: el instante en que Valeria y yo nos besamos bajo las luces de Navidad, con una de las canciones navideñas más románticas de la historia.

Nuestros labios se separan, pero ninguna suelta a la otra. Nuestras frentes se encuentran y nuestros alientos se mezclan. Todavía no he abierto los ojos porque me niego a salir de esta burbuja o descubrir que solo ha formado parte de mi imaginación. No quiero que Valeria desaparezca otra vez.

Sin embargo, los gritos de la gente a nuestro alrededor me recuerdan que no estoy soñando, que esto es real y ambas estamos aquí, en el mercadillo donde nos conocimos hace diez años, y seguro que todo es gracias al destino.

—Perdona. —Su voz, tan cerca de mi cara, me hace abrir los ojos y toparme con los suyos de un castaño tan bonito como el brillo que esconden. Sonríe y me suelta avergonzada—. Ha sido un impulso que llevaba tiempo controlando. —¿Ella también?—. Ni siquiera sé cómo te llamas. Siempre has sido la niña de la bolita de nieve.

«La niña de la bolita de nieve». Se me escapa una sonrisa al descubrir que para ella yo también tenía un apodo. Para mí siempre fue la chica de la trenza rubia.

—Martina —contesto armándome de valor para coger su mano. Está tan fría como las mías, pero parece que también le da igual—. Me llamo Martina.

—Yo soy Valeria.

—Lo sé —digo sin pensar, y me apresuro a explicarme—: El chico con el que viniste una vez te llamaba Val.

No le confieso que en realidad sabía su nombre desde hace más tiempo, pero me prometo a mí misma hacerlo en algún momento, porque realmente espero que haya muchos más como este junto a ella.

—Ah, ya, Dani. —Pone los ojos en blanco y suspira—. Era un idiota. —Sí, yo también lo

pensé—. Ya no estoy con él, por si creías que...

—Bueno —Se me encienden las mejillas—, con este beso, quería pensar que así era.

Valeria sonríe y poco tarda en echarse a reír. No había escuchado su sonido hasta ahora y no podría haber oído nada tan melodioso en toda mi vida.

—Perdona, de verdad que ha sido un impulso y...

—No te disculpes —la detengo—, has tenido más valor que yo para hacer lo que ambas queríamos. —La miro con el corazón a mil porque siento ganas de besarla otra vez, pero me controlo. En su lugar, recuerdo lo que llevo en el bolsillo y me apresuro a meter la mano para mostrárselo—. Tengo algo para ti.

La caja blanca que había cogido de la caseta ahora es un poco más pesada. Se la tiendo a Valeria y ella la observa con la misma curiosidad que cuando era niña y la vio por primera vez. Abre la caja y se deshace del papel de burbujas para dejar paso a esa misma sonrisa amplia que se dibujó en su cara cada una de las veces que se acercó a la caseta solo para ver esa burbuja que encerraba la casa de Papá Noel.

—La guardaste para mí —susurra.

—Te dije que lo haría.

Su sonrisa pasa a dirigirse a mí y después regresa al escenario nevado sobre su mano. No se puede resistir y la zarandea para que caigan los copos de nieve sobre su tejado y ambas nos quedamos hipnotizadas por ese espectáculo.

—Gracias —murmura tan suave que se me eriza la piel. Me permito acercarme de nuevo a ella y buscar su mano para enredar nuestros dedos sin apartar la mirada de la bola—. Es preciosa.

Valeria hace el amago de coger la caja de nuevo para guardar la bola de nieve, pero la detengo. Un paisaje así de bonito no merece estar encerrado, no después del tiempo que ha aguardado para estar con ella. Que *he* aguardado para estar con ella.

—Espera. —Cojo su mano, la misma en la que todavía sostiene la bola, y vuelvo a agitarla, aunque esta vez no la miro. Solo la miro a ella, a su trenza rubia que no ha desaparecido de mis sueños desde la primera vez que la vi—. Deja que nieve.

Capítulo 12



Valeria

Un año después

Es curiosa la forma en que las personas influimos en los demás. O cómo ellos nos influyen. En nuestra vida o nuestra forma de ver el mundo. Parecemos seres pequeños, inconstantes, que llegan y se van, sin embargo, dejamos huella en otros, en la tierra, en la historia y los recuerdos. Puede ser un segundo, solo un instante... O que ocurra durante años. Al final, siempre queda algo de nosotros en esas personas que se cruzan en nuestro camino, igual que ellas permanecen en nosotros.

La primera vez que vi a Martina no tenía más que siete años y ni idea de que aquella niña que me miraba coger la bola de nieve de Papá Noel terminaría siendo tan especial para mí. Con el tiempo, nos hemos visto como una especie de fantasma de las Navidades y nuestra curiosidad por la otra aumentaba cada vez más. Hasta que la Navidad pasada decidimos dedicarnos más que unas pocas frases alrededor de esa bolita de nieve que nos había unido.

—Val. —Su voz me trae de vuelta al presente. Levanto la cabeza y la miro un poco avergonzada por haberme quedado en blanco mientras observaba unas guirnaldas con forma de copos de nieve que cuelgan de la marquesina. Martina me dedica una sonrisa torcida de complicidad que me hace sonrojar—. Si tanto te gustan, puedo regalártelas.

*We could dance in the show
If you're ready to go.*

—No lo aceptaría —responde su madre por mí con diversión, sentada en el taburete que hay en una esquina de su caseta—. Es demasiado educada e insistiría en pagarlo o con dinero o trabajando.

—Eso no me parecería mala idea —dice Martina y noto esa chispa de travesura que llevo un

año viendo en sus ojos cada vez que algo malévolo cruza su mente—. Val podría pasarse a este lado de la mesa y arrimar un poco el hombro, ya que pasa aquí casi más tiempo que yo.

Está burlándose de mí, como ha hecho desde que cogimos confianza la tercera o cuarta vez que quedamos tras aquel día en el mercadillo navideño. Esa tarde tuvimos la oportunidad de descubrir cosas de la otra que llevábamos años y años preguntándonos.

Después, intercambiamos nuestros números de teléfono y hablábamos por chat o por llamada casi a diario. Nos acercamos más y nos conocimos mejor. Aunque vivíamos en puntas diferentes de Madrid, nos las arreglábamos para vernos cada dos fines de semana; en verano incluso quedábamos varios días en el centro de la ciudad y tomábamos algo, íbamos al cine o paseábamos por El Retiro.

No volvimos a besarnos hasta finales de verano, cuando ambas nos dimos cuenta de que agosto estaba a punto de terminarse y volveríamos a la rutina de apenas vernos y conformarnos con los mensajes y las videollamadas nocturnas. Y esa vez fue Martina quien dio el primer paso.

Estábamos despidiéndonos en Atocha, yo fui a caminar hacia mi andén porque le quedaban dos minutos a mi tren, pero ella me cogió la mano, tiró de mí y, colocando su mano en mi mejilla, me besó con tanta ternura que me dio igual perder el tren y esperar otros veinte minutos. Era más tiempo que tenía para estar con ella.

—A mí me vendría genial, no os voy a mentir.

Otra vez me he vuelto a perder en mis pensamientos. Pestañeo varias veces y miro a Martina y su madre intentando recordar de qué estábamos hablando.

*This Christmas feels like love...
You're all I want this holiday*

—Si Valeria se quedara contigo en la caseta, yo podría irme a casa a descansar y no pasaría este frío horrible para los huesos.

Ah, eso. Es verdad. Lo cierto es que no me importaría pasarme al otro lado de la mesa de exposición. Martina me ha hablado muchas veces de que tienen que estar abrigadas todo el tiempo y que con el calefactor apenas les llega para caldearse un poco. Entiendo que su madre no quiera pasar tantas horas ahí dentro.

*We could anything everything,
Baby, just say the magic word.*

Martina se vuelve hacia mí con una pregunta en la cara que entiendo al instante. Sonrío y me

encojo de hombros.

—Me encantaría si a vosotras no os importa.

—A mí no me importa —responde su madre antes de que ella diga nada— y estoy segura de que a mi hija, menos aún.

—Mamá... —susurra una regañina leve que a mí me hace sonreír aún más.

—Ni que me chupara el dedo, Martina. Mientras sigáis pendientes de la caseta y la gente, a mí me da igual que estéis aquí las dos. Y así la pobre no está ahí de pie con todo el frío tampoco.

No contesto, aunque agradezco que también piensen en mí. Vengo cada pocos días a ver a Martina y es verdad que me doy una vuelta por el resto de puestos, pero no suelo alejarme demasiado del suyo.

La madre de Martina se pone de pie y se acomoda el abrigo y los guantes. Después, sale de la caseta por la puerta de atrás y me hace un gesto para que vaya hacia esa zona. Me apresuro a obedecer y enseguida estoy delante de ella. Su madre se despide de Martina con un beso en la mejilla y a mí me da una suave palmada en la cara.

—Cuidad bien de la caseta.

Ambas asentimos con la cabeza y la vemos marcharse. Entro en el cubículo y cierro la puerta detrás de mí. Martina me cede el asiento en el que estaba su madre antes y ella se queda apoyada en la pared contraria. No decimos nada, solo nos miramos, pero no nos hace falta más.

This Christmas... This Christmas...

—Nos ha llegado una remesa nueva de adornos —rompe Martina el silencio—. ¿Me ayudas a colocarlos?

Asiento con la cabeza con tanto entusiasmo que ella no puede evitar reírse. Se agacha bajo la mesa y arrastra una caja grande de cartón. Cuando la abre, veo un montón de papel de burbujas envolviendo distintas figuras. Poco a poco vamos sacándolas, limpiándolas y colocándolas en los huecos libres que vemos en la mesa y los estantes a nuestro alrededor. Algunas de ellas son tan bonitas y coloridas que decidimos hacerles hueco en las primeras filas de la mesa para que actúen como reclamo hacia la caseta.

This Christmas feels like love to me.

Pasa un buen rato y la caja se va vaciando. Por un lado, me alegro por estar a punto de terminar, pero por otro me da pena porque ya no quedan figuras, adornos y mensajes nuevos que

descubrir y comentar con Martina. En algún momento hasta tenemos que apagar el calefactor y yo me deshago de la bufanda y los guantes. Los dejo con cuidado sobre una de las cajas cerradas y, al volverme hacia Martina, ella sonríe y me mira como una niña que guarda un secreto. O algo a su espalda.

—¿Qué tienes ahí?

—Es una sorpresa.

—¿Para mí?

Martina asiente con la cabeza y se muerde el labio inferior.

—Cierra los ojos y extiende los brazos.

Se me escapa una pequeña risita y hago lo que me pide. La escucho trastear creo que con un trozo de celofán y cartón y enseguida noto algo pesado entre mis manos. Martina sujeta mis dedos y los cierra alrededor de ese objeto misterioso. Después, los agita entre los suyos, haciéndome reír de nuevo.

—Ábrelos.

Separo los párpados y enseguida siento los ojos húmedos de la emoción.

—Es para ti.

—No puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Es un regalo de Papá Noel, no puedes rechazarlo.

Mi sonrisa se ensancha y me quedo embobada mirando los copos de nieve caer sobre el trineo de Santa Claus y todos sus renos liderados por Rodolfo y su brillante nariz roja hacia el cielo.

—Es preciosa.

—Todos los años te regalaré un pedacito de Navidad —me promete con voz susurrada—. Siempre que tú compartas esos momentos mágicos conmigo.

Asiento con la cabeza y levanto la mirada para dirigirla hacia ella. Sus dedos rozan los míos alrededor de mi nueva bolita de nieve y a mí se me calienta el corazón solo con ese roce.

—Todos y cada uno de mis diciembres serán para ti. Te lo prometo.

Fin

Lista de canciones



Let It Snow, Frank Sinatra

It's beginning to look a lot like Christmas, Michael Bublé

Santa is coming to town, Michael Bublé

25 de diciembre

Jingle Bells, Bing Crosby y The Andrew Sisters

Have yourself a merry little Christmas, Michael Bublé

Campana sobre campana

Burrito Sabanero

We wish you a Merry Christmas

Feliz Navidad, José Feliciano

Rocking around the Christmas Tree, Brenda Lee

Here comes Santa Claus, Elvis Presley

All I want for Christmas, Mariah Carey

Santa Tell Me, Ariana Grande

Last Christmas, Wham!

This Christmas, Alex Sampton

Agradecimientos

Cuando decidí reescribir y alargar la historia de Martina y Valeria, no pensé que tendría que escribir unos nuevos agradecimientos. Muchos escritores tememos el momento de escribir sinopsis, pero lo cierto es que esta sección de la novela tampoco se queda atrás. Aunque por motivos distintos, no sabemos muy bien cómo enfocar ambas cosas.

Esta vez voy a empezar por mis compañeros de la antología de donde surgió esta historia, *Mientras siga nevando*, ya que sin ellos estas chicas no habrían nacido en mi cabeza, no habrían recorrido el mismo camino que los suyos y no estarían aquí ahora. Chicos, mil gracias por darme alas a mí y a ellas.

A mi familia, mis padres y mi pareja, especialmente. Me siento repetitiva porque en todos los agradecimientos digo lo mismo, pero es que no hay una verdad que sienta con tanta fuerza. Sin su apoyo y sus manos en mis hombros dándome ánimos, es muy probable que yo no hubiera sido capaz de llegar tan lejos. Todavía me queda mucho camino por andar, sí, pero no estoy donde empecé, y eso ya es mucho avance.

A Silvia, por compartir mi entusiasmo con esta época tan mágica a la que he querido dedicar unas páginas y por ese prólogo tan especial y esperanzador; no podía ser de otra forma, siendo Navidad. A Gemma, por su profesionalidad a la hora de corregir el manuscrito y su amistad todos estos años. A Raquel, por su ayuda con la maquetación y la composición de la cubierta, no tendría esta cara tan bonita de no ser por ella.

A mis Superteachers, porque la inspiración y motivación que tengo cuando estoy con ellas y los años de vida en forma de risas, vinos y Coca-Cola Zero Zero que me dan no tienen precio.

A mis Parceros Licenciados, porque la distancia y el *adulthood* no nos impide seguir queriéndonos, apoyándonos y cuidándonos. Lo que la UAM ha unido no lo separa ni un cataclismo.

A mi Comando Pepinillo Lector, en quienes más me apoyo cada vez que el impostor y la ansiedad asoman la patita por debajo de la puerta. Mis consejeros y mis madrileños (algunos por adopción ;) favoritos.

A todos los amigos que me han apoyado durante tanto tiempo y siguen ahí, al pie del cañón, celebrando mis logros como si fueran suyos. No sé qué hice bien en otra vida para encontrar a personas tan maravillosas, pero espero seguir contando con todos vosotros. Helena, Carol, Cris, Emma, Maru, Julia, Arianne, Fransy, Nieves, Noe... Y seguro que estoy pecando de dejarme algún nombre, pero tú sabes quién eres. Sois diamante puro.

Y gracias a ti, por haber leído esta historia y haber llegado hasta aquí, por disfrutar de la Navidad como lo haces, por emocionarte al ver las luces en las farolas de tu pueblo, por ponerte ese gorro hortera de Papá Noel todos los años, por sonreír al escuchar una pandereta, por cantar cada premio con los niños de San Ildefonso y pelearte con tu hermano/a por el último trozo de turrón blando o de Roscón de Reyes. Todo eso, todo lo que has leído en estas páginas, es lo que significa para mí la Navidad. Gracias, de todo corazón, por dejarme formar parte de la tuya.

Sobre la autora



¡Hola! Gracias por seguir leyendo e interesarte un poquito más por mí y mis historias.

Soy madrileña desde el 1 de mayo de 1994, cuando decidí que el mejor regalo que podía hacerle a mi madre era nacer en su día. Crecí en el distrito de Villaverde, aunque, al empezar el instituto, nos trasladamos a Valdemoro, al sur de la comunidad. Actualmente resido en un pueblo de Toledo muy cerca de mi ciudad natal. Después de dar algunos tumbos, trasteando con la informática, me di cuenta de que quería estudiar filología inglesa y enseñar inglés, así que también soy profesora. Más tarde mi obsesión por las tildes y la ortografía me llevaría a convertirme en correctora ortotipográfica.

Soy una ávida lectora desde que tengo memoria y llevo escribiendo desde muy pequeña —cuentos en los que unos ositos se conocían en el bosque y tenían su primera cita en el parque de atracciones—. Entre mis géneros favoritos para escribir están la romántica y la fantasía,

aunque de este último género todavía no me he atrevido a mostrar nada (dadme tiempo; todo llega).

He publicado varias novelas románticas, juveniles y contemporáneas, en los últimos años tanto con editorial como autopublicando. Podéis encontrar todos mis libros en Amazon tanto en papel como digital. Si quieres saber más sobre mí y mis proyectos actuales y futuros, te recomiendo seguirme en mis redes sociales:

Twitter: @Irene_Romo_

Instagram: @Irene__Romo

TikTok: @Irene__Romo